

# **La conquista de la femineidad de las Indias. Un análisis sobre cuerpos y subjetividades dominadas en espacio americano.**

Mulher, Divino Luxo, Navio Negreiro.

Cita:

Mulher, Divino Luxo, Navio Negreiro (2011). *La conquista de la femineidad de las Indias. Un análisis sobre cuerpos y subjetividades dominadas en espacio americano. XIII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-071/97>

*Mulher,  
Divino Luxo,  
Navio Negreiro (...)  
Tom Zé (músico y poeta)*

### **La conquista de la femineidad de las Indias**

#### *Un análisis sobre cuerpos y subjetividades dominadas en espacio americano*

El análisis de las relaciones establecidas “con” y “a través de” la figura femenina y la femineidad en la narrativa de la conquista de Las Indias, muchas veces restringido al ámbito de las relaciones sexuales entre las indígenas y los españoles, puede servir de soporte para la comprensión del mecanismo de la empresa conquistadora en su totalidad. La puesta en práctica de esta lectura implica reflexionar sobre cómo y porqué se daban las relaciones entre extranjero y nativa; por qué esta fue la forma de interacción que prevaleció; por medio de qué ella se legitimó; y como la dominación de cuerpos puede ser pensada como la imposición de una supremacía sobre un pueblo, una cultura, un espacio. Si el simple examen de los relatos, objetos de este estudio, permite armarse de argumentos, es necesario también investigar el uso de materiales simbólicos que contribuyen al entendimiento de lo que pasó y ayudan a comprender por donde circulan las subjetividades de los involucrados en el tema.

Margarita Zamora, en “Gender and Discovery”, analiza como en los textos de descubrimiento de Cristóbal Colón el espacio es constantemente asociado a lo femenino. El recurso, según la autora, sirve a la conquista: “The text creates in the reader a longing for the land, through a rhetoric of desire that inscribes “the Indies” in a psychosexual discourse of the feminine whose principal coordinates are initially beauty and fertility and, ultimately, possession and domination”<sup>1</sup>. El relato del deseo, desde esta perspectiva, es construido estratégicamente con el propósito de posibilitar la posesión de riquezas y la afirmación del poderío europeo. En el Río de La Plata, escenario de uno de los relatos examinados, ocurre lo mismo que apunta Zamora. Por la ausencia de metales preciosos la mujer indígena obtiene un nuevo valor a lo largo de la experiencia conquistadora. Estas mujeres se transforman en objeto de codicia y, cuando poseídas, sirven a la afirmación de los poderes de los expedicionarios. El otro relato surge de la mirada de un observador que, como cautivo de la comunidad, ubica la indígena en determinados lugares de la organización social y cultural de la tribu.

---

<sup>1</sup> Zamora, Margarita “Gender and Discovery”, en Reading Columbus, University of California Press, 1993, p. 162

En este análisis, se estudiará el proceso de conversión de esas nativas en objetos, que evolucionan de - lo feo a lo bello, lo repulsivo a lo atractivo - y como, por medio de esos cambios en la manera como son percibidas, llegan a adquirir un valor simbólico y mercantil. Por otro lado, se investigará la figura femenina relacionándola, inevitablemente, con su “opuesto”, el hombre. En los dos casos, se desnuda una relación de dominación de género que tiene como agentes las figuras del sexo masculino. En función de este elemento común, se explorará como, desde la mirada del expedicionario, se reflejan el uso de estereotipos relacionados a lo femenino, con el fin de desvalorizar a las propias indígenas y/o a los demás habitantes y, así, facilitar la conquista.

Pensando la empresa conquistadora como un aparato a servicio de la edificación de los valores culturales de la Europa Occidental en América, es posible identificar también, en los dos relatos, la afirmación de una serie de paradigmas en torno al lugar de la mujer en la sociedad. Teniendo en cuenta la amplitud y complejidad del tema es necesario subrayar que aunque un matiz u otro se haga más claro en determinado discurso (en relación directa con los intereses y situación particular de los conquistadores - narradores) se debe considerar la interrelación entre las dos miradas y la presencia de otros puntos de vistas que no ocupan un lugar en este trabajo, pero que son parte de la realidad. Respetando las diferencias entre las vivencias y los relatos se puede decir que las dos narraciones se cruzan en varios momentos y se incluyen en una concepción general de cómo actúan los géneros y cómo deben ser representados.

Si los textos de Cristóbal Colón exhalan metafóricamente una fuerte carga semántica en torno a la femineidad de Las Indias que crean un ambiente fantástico, donde el espacio es bello, fértil e invita a hacer parte de él, en el caso del Río de la Plata ocurre lo opuesto. Las características del territorio determinan la construcción de un discurso fuertemente marcado por las ausencias. Los expedicionarios se encontrarán con una tierra insólita y desprovista de todos los recursos. La utopía del oro, ambición mayor del conquistador, nunca se cumplirá. Todas esas particularidades, que ponen al conquistador en un lugar jamás pensado, definen como se produce el relato.

En “Derrotero y viaje a España y las Indias”, de 1567, los lectores pueden acompañar y sentirse parte de la descubierta. El narrador va desmontando matas y conquistando territorios y en este recorrido, asimila nombres, características físicas del espacio y construye una visión de su composición. Las mujeres, parte del escenario, sufren una transformación gradual en el mismo ritmo del relato. En la primera

aparición, en realidad ausencia, en un lugar atribuido a la nación de los Charrúas, Schmidl afirma: “Éstos han abandonado el lugar y han huido con sus mujeres e hijos de modo que no pudimos hallarlos”<sup>2</sup>. No pasa desapercibido que, en esta descripción en base a suposiciones, el narrador diferencie claramente los gestos de ambos géneros. La presencia de los hombres en primer plano (éstos han abandonado) y de las mujeres en segundo, unidas a la figura masculina por la preposición “con”, o sea, “en compañía”, se hace notar. Así como los niños, las mujeres figuran como seres pasivos en la escena armada por el conquistador. El uso de las palabras y su disposición textual desnudan una manera de contar la historia. ¿Mera elección sintáctica? Conscientemente o no, lo que hace el narrador está relacionado a una forma de leer las actitudes de ambos sexos. Ulrico diferencia la actividad del hombre de la pasividad de la mujer y remite a uno de los pilares de la concepción androcéntrica de mundo, que defiende Pierre Bourdieu.

En “La dominación masculina” el autor estudia cómo se perpetua la supremacía entre los géneros, retomando, en cierta medida, un historicismo que busca romper con la visión incorporada y proliferada de simbologías de distinción entre los sexos. Para él, estas referencias, preponderantes hasta hoy en las taxonomías culturales, encuentran terreno fértil, fundamentalmente, en la diferenciación biológica. Ejemplo de esa imposición de lugares acorde el género, se puede extraer, del acto sexual:

“Si la relación sexual aparece como una relación social de dominación es porque se constituye a través del principio de división fundamental entre lo masculino, activo, y lo femenino, pasivo, y ese principio crea, organiza, expresa y dirige el deseo, el deseo masculino como deseo de posesión, como dominación erótica, y el deseo femenino como deseo de la dominación masculina, como subordinación erotizada, o incluso, en su límite, reconocimiento erotizado de la dominación”<sup>3</sup>

Las acciones de los nativos, en el relato de Schmidl, parecen estar orientadas por subjetividades de mismo orden. Por un lado, la iniciativa del indígena de reaccionar a la llegada de los conquistadores y por otro la no - acción de la mujer, que se deja conducir por el hombre. Suena natural. Como sostiene Bourdieu: “La fuerza del orden masculino se descubre en el hecho de que prescinde de cualquier justificación: la visión

---

<sup>2</sup> Schmidl, Ulrico en “Derrotero y viaje a España y Las Indias” cap. 6

<sup>3</sup> Bourdieu, Pierre en “La dominación masculina”, p. 35, Editorial Anagrama S.A, 2000.

androcéntrica se impone como neutra y no siente la necesidad de enunciarse en unos discursos capaces de legitimarla”<sup>4</sup>.

Tras ese primer encuentro con el vacío, la indígena reaparece en una breve y simple descripción de su vestimenta: “También estas mujeres tienen un pequeño paño de algodón delante de sus partes”<sup>5</sup>. Y, enseguida, en el relato de la primera victoria: “En la sobredicha localidad los Querandís habían hecho huir sus mujeres e hijos antes de que nosotros los atacamos”<sup>6</sup>. En este último fragmento, se nota de manera más clara como el narrador atribuye a la figura femenina una incapacidad de reacción: los hombres las “hacen huir”.

Superficial, la manera como describe las mujeres en este momento del relato es un reflejo de la experiencia concreta. Ahora, lo fundamental es construir la empresa conquistadora. Varias páginas y capítulos son dedicados a las descripciones de los aparatos humanos y de guerra de los involucrados. Las dificultades, fruto de las adversidades del territorio, también ocupan amplio espacio en la narración y generan un claro sentimiento de impotencia frente al deseo de dominación absoluta. Este fragmento, en el capítulo 12, es conclusivo en este sentido: “Entonces encontró que de los dos mil quinientos hombres estaban aún con vida unos quinientos sesenta de gente de guerra; los demás habían hallado la muerte por hambre o por haber sido muertos por los indios”<sup>7</sup>. En las circunstancias en que se encuentra el narrador, lo central es la guerra que está claramente asociada a lo masculino, activo. La mujer, alejada del aparato guerrero, es desplazada también del relato.

Respecto a las debilidades de los guerreros, en los españoles son siempre descritas como consecuencia de la falta de alimentos, agua y dificultades para sujetar el espacio a su control, a factores objetivos. Por otro lado, en los indígenas, son asociadas a una característica subjetiva, relacionada a lo femenino. Las huídas son retratadas como la acción privilegiada de los nativos y, a partir del primer enfrentamiento físico, es descrita en casi todos los capítulos. Al atribuir cobardía al hombre, una característica socialmente imputada a las mujeres, el narrador le carga de femineidad. Sin embargo, el duplo juego que hace Schmidl implica defender también el coraje, como calidad de los guerreros:

---

<sup>4</sup> Bourdieu, Pierre en “La dominación masculina”, p. 22, Editorial Anagrama S.A, 2000.

<sup>5</sup> Schmidl, Ulrico en “Derrotero y viaje a España y Las Indias” cap. 7

<sup>6</sup> Schmidl, Ulrico en “Derrotero y viaje a España y Las Indias” cap. 8

<sup>7</sup> Schmidl, Ulrico en “Derrotero y viaje a España y Las Indias” cap. 12

“En este tiempo en que estuvimos reunidos, vinieron los indios contra nuestro asiento de Buenos Aires con gran poder e ímpetu hasta veintitrés mil hombres y eran en conjunto cuatro naciones; una se llamaba los Querandís, la otra los Guaranís, la tercera los Charrúas, la cuarta los Chana-Timbús. Tenían la intención de matarnos a todos nosotros (...)”

En este fragmento, a diferencia de lo que ocurre en otras ocasiones, los indígenas no huyen sino que toman la iniciativa de hacer la guerra a los conquistadores. La exaltación de los atributos de los nativos refuerza la imagen de un enemigo valiente. Así, por medio de una vía de dos manos, Schmidl puede robustecer la potencia de dominación del propio adelantado. La respetabilidad del adversario agrega valor a las acciones del conquistador. Una guerra más justa es, al mismo tiempo, más noble.

En la siguiente aparición de la mujer indígena en el texto de Schmidl, se nota una clara evolución en su descripción. En la medida que irrumpe las tierras y establece contacto directo con las naciones, el narrador percibe de cerca la mujer y avanza de la neutral representación de la vestimenta a la construcción de un retrato, impregnado de valoraciones estéticas. Este fragmento, que trata del primer contacto con los Timbús, es indicador en este sentido: “(...) Son gentes grandes y garbosas de cuerpo; pero las mujeres son toscas y las jóvenes y viejas están siempre rasguñadas y ensangrentadas debajo de los ojos”<sup>8</sup>. En esta imagen, lo más llamativo es que las mujeres no son dotadas de las cualidades positivas del pueblo y se destacan por lo “toscas” que son. Esa distinción de la belleza, acorde al género, remite a lo que Zamora, en el mismo texto citado, llama de metáfora de la inferioridad, representada por la tríada monstruos, Caribe y mujeres que tiene como fuente ideológica el principio de la diferencia de Aristóteles. Según el filósofo, lo masculino rige el funcionamiento del universo y cualquier desviación de eso deviene en degeneración: “Femaleness was a step toward imperfection, wich in this most extreme manifestations yielded monstrosity”<sup>9</sup>. Según Margarita, Colón en sus relatos utiliza la idea aristotélica para calificar lo que no esté conforme, en la apariencia y comportamiento, a las normas de Europa. En Schimidl, la descalificación de la mujer indígena, la pone en posición de inferioridad, también respecto a la apariencia física.

---

<sup>8</sup> Schmidl, Ulrico en “Derrotero y viaje a España y Las Indias” cap.13

<sup>9</sup> Zamora, Margarita “Gender and Discovery”, en Reading Columbus, University of California Press, 1993, p. 170 - 171

Poco a poco, sin embargo, la “extraña” belleza femenina es asimilada por Ulrico. El cambio de calidad se produce en el encuentro con la nación de los Agaces. En este punto del relato se evidencia la admiración explícita de la belleza femenina, por parte del narrador: “(...) y los hombres y las mujeres son gentes garbosas y altas. Las mujeres son lindas y pintadas bajo los ojos como las susodichas mujeres y tienen también delante de sus partes un paño hecho de algodón”<sup>10</sup>. La descripción se hace más precisa, los adjetivos cuidadosamente elegidos, los detalles percibidos. Y luego de un valor sexual, a las indígenas, se les agrega un valor mercantil: “Las mujeres y los hombres andan completamente desnudos, como Dios el Todopoderoso los ha creado. El padre vende su hija, y el marido su mujer cuando ella no le place, y el hermano su hermana; una mujer cuesta una camisa o un cuchillo, o una pequeña hacha u otro rescate más”<sup>11</sup>. Además, en la nación de los Carios, las capturadas en una guerra disponen de una ventaja: no ser muertas de inmediato si son algo lindas.

La venta, el trueque y la adquisición de mujeres indígenas, como bienes materiales, no deben ser leídos, solamente, como operaciones de fines económicos:

“Está en la lógica de la economía de los intercambios simbólicos, y, más exactamente, en la construcción social de las relaciones de parentesco y del matrimonio que atribuye a las mujeres su estatuto social de objetos de intercambio definidos según los intereses masculinos y destinados a contribuir así a la reproducción del capital simbólico de los hombres, donde reside la explicación de la primacía concedida a la masculinidad en las taxonomías culturales”<sup>12</sup>

Desde esta perspectiva, la comercialización del cuerpo femenino además de atender al obvio propósito mercantil, implica la devaluación de su propio capital simbólico y la ratificación de la hegemonía masculina en las relaciones sociales. La importancia de las disputas en este campo se verifica en el siguiente fragmento del texto de Schmidl en que la virilidad/honra masculina es puesta en prueba:

“Cuando se hubo establecido la guardia y todo el mundo se hubo acostado a reposar, nuestro capitán hacia la media noche había perdido

---

<sup>10</sup> Op. Cit. 12

<sup>11</sup> Schmidl, Ulrico en “Derrotero y viaje a España y Las Indias” cap. 20

<sup>12</sup> Bourdieu, Pierre en “La dominación masculina”, p. 16, Editorial Anagrama S.A, 2000

sus tres mozas. Tal vez él no pudo haber contentado en la misma noche a las tres juntas, pues él era un hombre viejo de 60 años; si hubiere dejado a estas mocitas entre nosotros los peones, ellas tal vez no se hubieren escapado (...)"<sup>13</sup>

Entre los indígenas, los padres, los maridos y los hermanos son agentes de ese proceso pues deciden qué hacer con sus mujeres.

Tres aspectos de la figura femenina se hacen evidentes en este pasaje:

“Mas cuando vieron los indios que no podían sostenerlo más y temieron por sus mujeres e hijos, pues los tenían a su lado en el pueblo, vinieron ellos, estos susodichos Carios, y pidieron a nuestro capitán general Juan Ayolas que los recibiera en perdón; que ellos harían todo cuanto nosotros quisiéramos. También trajeron y regalaron a nuestro capitán Juan Ayolas seis mujeres, la mayor era de diez y ocho años de edad; también le hicieron un presente de alrededor de unos nueve venados y otra carne de monte”<sup>14</sup>

Las mujeres son tratadas como dependientes de los hombres que temen por ellas, dcomo pieza de intercambio, regaladas al capitán y, finalmente, como un “rescate” más, comparadas a los venados y la carne del monte. Además, de este fragmento emerge una nueva función del cuerpo de la mujer indígena:

“las indias, y en abundancia llegaron a poder de los españoles, no sólo por esta necesidad sentida por los indios de establecer una sólida alianza con sus vencedores, o por la costumbre que tenían de venderlas, sino también porque las indias, aquí como en todos los lugares, construyeron un despojo de guerra”<sup>15</sup>

Esta importancia adquirida está relacionada a la ausencia de objetos de valor absoluto que implica una aceptación forzada de un nuevo sistema, impensable en territorio europeo. Una re significancia que analiza Loreley El Jaber, en “Latin American Literary Review”, al hablar del cuerpo femenino: “se ha convertido en un *souvenir* trasladable

---

<sup>13</sup> Schmidl, Ulrico en “Derrotero y viaje a España y Las Indias”, cap. 45

<sup>14</sup> Schmidl, Ulrico en “Derrotero y viaje a España y Las Indias” cap.21

<sup>15</sup> M. Salas, Alberto en “Crónica Florida del Mestizaje de las Indias” p. 182

sólo dentro del espacio americano en tanto es sólo su relación material con el lugar lo que determina su valor, lo que lo significa” (p. 11).

Cargadas de este nuevo valor material y simbólico, las mujeres asumen lugar de destaque en el relato y en el propio conflicto guerrero. La captura de mujeres y niños pasa a ser una estrategia del bando español: “Como nosotros los habíamos vencido a los Carios y habíamos cautivado sus mujeres, vinieron los Carios, el Tabere con su gente, y pidieron que se les concediere perdón y que se le diere a él y a los suyos las mujeres y niños; por lo mismo él quería servir a nosotros los cristianos y estarnos sometido”<sup>16</sup>. “Naturalmente” identificadas como frágiles y menos ofensivas a las mujeres (como a los niños) es concedido, muchas veces, el privilegio de la vida: “Pero antes que los atacamos, ordenó nuestro capitán que no matáramos ni mujeres ni niños, sino que las cautiváramos, así que nosotros cumplimos su orden y cautivamos mujeres y niños y matamos los hombres que pudimos alcanzar”<sup>17</sup>. La actitud, lejos de demostrar una compasión desinteresada por parte del conquistador, se afirma como una táctica más en el enfrentamiento y cuando no interesa, no se repite. Eso se comprueba en el episodio de la búsqueda de los Myabas que, después de derrotados, se refugiaban en un bosque: “Se dice frecuentemente que en muchas ocasiones es el inocente debe pagar junto con el culpable, así sucedió también aquí que en esta escaramuza quedaron prisioneras y muertas más de tres mil personas, entre hombres, mujeres y niños”<sup>18</sup>. El relato de la emboscada asume tonos de crueldad. Una prueba de que el ahorro de la vida de las indígenas es funcional y solo es practicado cuando sirve a la dominación.

La admiración ante la belleza particular de las indígenas avanza hasta convertirse, en el discurso de Schmidl, en contemplación y explícito deseo. Este fragmento, que describe el ritual del baile en la corte de los Jarayes, es ejemplo de eso: “(...) los hombres y las mujeres más bellas deben bailar ante él. Cuando uno de nosotros los cristianos las ve bailar, uno ante esto se olvida entonces de cerrar la boca y hay que ver este baile de los Jarayes. Los hombres y las mujeres son iguales (...)”<sup>19</sup>. Es interesante observar que la mirada hacia el cuerpo no hace distinción de sexo. Incluso, la manera de igualar las mujeres a los hombres, presente en otros pasajes, representa, en el relato, una evolución de la figura femenina hacia la masculina, al principio, puesta en condición de inferioridad. En este espacio, es la mujer que se destaca como objeto de

---

<sup>16</sup> Schmidl, Ulrico en “Derrotero y viaje a España y Las Indias” cap. 33

<sup>17</sup> Schmidl, Ulrico en “Derrotero y viaje a España y Las Indias” cap. 43

<sup>18</sup> Schmidl, Ulrico en “Derrotero y viaje a España y Las Indias” cap. 43

<sup>19</sup> Schmidl, Ulrico en “Derrotero y viaje a España y Las Indias” cap. 36

deseo, la que hace con que “uno se olvide de cerrar la boca”. Tomado por una mezcla de pasmo y desconcierto, el narrador continua: “Las mujeres están pintadas en otra linda manera desde los senos hasta las partes en color azul, muy bien hecho. Un pintor allá afuera tendría que esforzarse para pintar esto y ellas van completamente desnudas y son bellas mujeres a su manera”<sup>20</sup>. Enseguida, la inversión de los paradigmas europeos se manifiesta de manera clara, respecto a lo atractivo:

“La mujer indígena supone una redefinición de los valores estéticos imposible de transmitir a través de la palabra europea, ni siquiera un pintor del otro espacio podría captar en su total dimensión este nuevo tipo de belleza, porque hay algo del orden estético que este nuevo espacio genera que es intraslabable (...)”<sup>21</sup>

Es también en este episodio donde se evidencia la construcción de un discurso: “estas mujeres son muy lindas y grandes amantes y afectuosas y muy ardientes de cuerpo, según mi parecer”<sup>22</sup> y de un silencio sobre el sexo: “Pero aunque ellas pecan en caso de necesidad, yo no quiero mayormente contar de estas cosas en esta vez”<sup>23</sup>. Ese doble juego entre “el hablar” y “el callar”, según Foucault, obedece a una exigencia cultural de cómo debe anunciarse el tema. Son dos lógicas que aparentemente se contraponen, pero que, en realidad, se complementan: la de reprimir e incitar el discurso sobre el sexo. El análisis presente en *Historia de la Sexualidad* se hace apropiado para entender lo que hace Schmidl, acorde sus intereses narrativos y valores preconcebidos:

“Se trata más bien de un nuevo régimen de los discursos. No se dice menos: al contrario. Se dice de otro modo; son otras personas quienes lo dicen, a partir de otros puntos de vista y para obtener otros efectos. El propio mutismo, las cosas que se rehúsa decir o se prohíbe nombrar, la discreción que se requiere entre determinados locutores, son menos el límite absoluto del discurso (el otro lado, del que estaría separado por una frontera rigurosa) que elementos que funcionan

---

<sup>20</sup> Op. Cit 23

<sup>21</sup> Loreley El Jaber en *Latin American Literary Review*, p.7

<sup>22</sup> Op. Cit 23

<sup>23</sup> Op. Cit 23

junto a las cosas dichas, con ellas y a ellas vinculadas en estrategias de conjunto”<sup>24</sup>

Ulrico consigue, así, provocar la curiosidad del lector y no chocar con los patrones de la sociedad europea que recibirá su relato. Y para que su narración sea provechosa, no recurre al obvio maniqueísmo de clarificar u oscurecer todo, que se puede relacionar con otro fragmento de Historia de la sexualidad:

“No se debe hacer oposiciones binarias entre lo que se dice y lo que no se dice. Es necesario determinar las distintas maneras de no decir, los que pueden o no hablar, que tipo de discurso es autorizado y qué tipo de discreción es exigida a uno y a otro. No existe uno sólo pero mucho silencios, y son parte integrante de las estrategias que apoyan y atraviesan los discursos”<sup>25</sup>

Los paradigmas europeos que rigen las reglas de sociabilidad y se reflejan en el relato, sólo pueden ser amenazados desde la enunciación “del desafío en el campo de la experiencia”<sup>26</sup> lanzado por Schmidl: “Quien quiere verlo, que marche hacia adentro; quien no, no quiere creerlo”<sup>27</sup>. En uno de los momentos cumbres de su narrativa, Ulrico demuestra saber manejarse bien con los recursos de las palabras y de los vacíos discursivos que no dejan de rellenar el universo imaginativo de los lectores.

La relación establecida con las mujeres indígenas a lo largo del relato (que exhalan tendencias) es muy distinta de la que los conquistadores instauran al encontrarse con una nueva “categoría” femenina, desde el mito de las amazonas. Esas mujeres guerreras, diferente de las otras, provocan, desde su primera aparición, un deslumbramiento, o, más que eso, funcionan como un verdadero mecanismo de atracción del sujeto europeo. Apenas saben de su existencia, los expedicionarios emprenden un viaje con el propósito de encontrarlas:

“Entonces marchamos hacia las sobredichas amazonas; éstas son mujeres con un solo pecho y vienen a sus maridos tres o cuatro veces en el año y si ella se embaraza por el hombre y nace un varoncito, lo

---

<sup>24</sup> Foucault, Michael en “Historia de la sexualidad: La voluntad de saber”, p.19.

<sup>25</sup> Op. Cit 28

<sup>26</sup> Término usado por Loreley El Jaber en el artículo citado

<sup>27</sup> Schmidl, Ulrico en “Derrotero y viaje a España y Las Indias” cap. 44

manda ella a casa del marido, pero si es una niña, la guardan con ellas y le queman el pecho derecho para que éste no pueda crecer; el porqué le queman el pecho es, para que puedan usar sus armas, los arcos, con sus enemigos; pues ellas hacen la guerra contra sus enemigos y son mujeres guerreras. Viven estas mujeres amazonas en una isla y está rodeada la isla en todo su derredor por río y es una isla grande. Si se quiere viajar hacia allá, hay que llegarse a ella en canoas. En esta isla las amazonas no tienen ni oro ni plata, sino en Tierra Firme, que es en la tierra donde viven los maridos; allí tienen gran riqueza (...)<sup>28</sup>

En este fragmento, se hace notorio el deseo que la figura femenina provoca en el conquistador. Como telón de fondo, está la permanente esperanza de encontrar metales preciosos. Así, esas mujeres legendarias, además de magníficas, representan la vía por la cual el conquistador cree poder realizar la utopía del oro. Es también de gran relevancia que la fuerza de esas mujeres y la magia que producen esté relacionada con la posesión del físico y de subjetividades relacionadas a lo masculino. Cuerpos femeninos que, para estar aptos para la guerra, llegan al límite de la automutilación. Y son las características pensadas como propias del otro género que hacen dan base a la excepcionalidad de esas indígenas y hacen posible la existencia del mito.

Las particularidades de la experiencia como fuente generadora de la escritura deben orientar también la lectura de los dos libros de Hans Staden: “Suas viagens e captivero entre os selvagens do Brasil” y “Verdadeira e curta narração do comercio e costumes dos Tuppin Inbas, cujo prisioneiro eu fui”, reunidos en una sola obra, publicada, por primera vez, en 1557. La búsqueda por probar su devoción y la providencia Divina, declarada como el fin último de su relato, imprime el tono de su narrativa. De esta manera, desde el primer epígrafe, Staden apela a la construcción de un ambiente que estimula la fantasía y la sorpresa del lector: “Descripción verdadera de un país de salvajes desnudos, feroces y caníbales, situado en el nuevo mundo América”.

La imagen de la mujer indígena será construida, por este expedicionario, en el marco de su autoconstrucción como víctima y como un verdadero conocedor de la tribu donde estuvo prisionero, los dos ejes que dan base a los relatos.

A pesar de tratarse de otro territorio (la embarcación de Staden llega a Brasil) en

---

<sup>28</sup> Schmidl, Ulrico en “Derrotero y viaje a España y Las Indias” cap. 37

su texto, como en el de Schmidl, la primera preocupación es describir las dificultades enfrentadas por los conquistadores relacionadas a la navegación, al hambre y a la ofensiva de los indígenas. El mar es el espacio donde reina la fantasía. Están los peces monstruos voladores y las olas monumentales. Para librarse de esos ataques, cuentan apenas con la ayuda divina. Lo que más interesa, sin embargo, como huella particular de este relato, es el lugar desde el cual se produce la mirada. Apenas inicia su experiencia en Las Indias, Staden es capturado en el fuerte de Brikioka, lugar estratégico para los indígenas, donde trabajada como artillero de los portugueses. La mujer, en este contexto, es (re)tratada desde su lugar de cautivo. La nativa, parte del paisaje, aparece en el primer vistazo de Staden al lugar donde llega:

“Entramos en una playa que va orillando el mar y ahí cerca estaban sus mujeres, cerca de una plantación de raíces que llaman mandioca. En la misma plantación habían muchas mujeres que sacaban las raíces y a esas fui obligado a gritar en la lengua de ellas: A junesche been ermi vramme, o sea: yo, vuestra comida, llegué”<sup>29</sup>

Al llegar en la aldea, las mujeres asumen un importante papel en los rituales de recepción del prisionero:

“Llegando en tierra, corrieron todos de las casas (que estaban ubicadas en una sierra) jóvenes y viejos, para que me vieran. Los hombres iban con sus flechas y arcos para las casas y me recomendaron a las mujeres que me llevaran entre sí, yendo algunas adelante, otras detrás de mí. Cantaban y bailaban juntos los cantos que acostumbra, como canta su gente cuando está para devorar a alguien”<sup>30</sup>

Si aquí la mujer aparece como un miembro más de la comunidad a recibirlo, el hecho de que sean las primeras en ejercer violencia en su contra será destacado por el narrador: “Cuando entré, las mujeres corrieron a mi encuentro y me dieron golpes, sacando mi barba y hablando en su lengua: Sche ennamme pepike ae, lo que quiere decir: vengo en ti el golpe que mató a mi amigo, lo cual fue muerto por aquellos entre los cuales

---

<sup>29</sup> Staden, Hans “Suas viagens e cautipvero entre os selvagens do Brasil”, cap XXI, p. 50. La traducción es mía.

<sup>30</sup> Op. Cit. 32

estuviste”<sup>31</sup>.

La indígena, en primer plano, asume el protagonismo de las primeras escenas. Los hombres, por otro lado, se comportan de manera distinta: “Mientras tanto, quedaban los hombres juntos en una cabaña y tomaban lo que llaman Kawi teniendo consigo los dioses que se llaman Tammerka (Tamaracá) en cuyo honor cantaban por haber profetizado que me cautivarían”<sup>32</sup>. Aparece una primera diferenciación acorde al género. Por lo relatado, la mujer se encarga de lo prosaico. Ya los hombres se reservan en su propio espacio, reflexionando sobre los motivos de la captura.

Aún en el ritual de la recepción, el narrador demuestra percibir ser acompañado solamente por figuras femeninas, lo que, para él, ayuda a perdurar la indecisión sobre su situación: “Tal canto escuché e durante una media hora, no vino un solo hombre, solo mujeres y niños estaban cerca mío”<sup>33</sup>.

La ausencia de los hombres se hace más notoria por la presencia en demasía de mujeres. El sentimiento de humillación que manifiesta Staden parece provenir no solamente de los golpes y de la vulnerabilidad física en que se encuentra. Cautivo, desnudo y sin sus semejantes, la situación se agrava por encontrarse entre mujeres y niños. Enseguida, Staden es honrado con la aparición de los hombres que lo capturaran. Ellos explican que pretenden regalarlo por amistad. En su breve acercamiento, dejan claro que son los que pueden decidir el destino del cautivo.

A diferencia de Schimidl, donde el relato giraba en torno a la guerra, se advierte en Staden una mirada antropológica, que lo pone en el centro del relato. Hay, claramente, una tentativa de reconstrucción del ambiente y de las costumbres de los indígenas a partir de lo que sucedió a él. En su lucha por la sobrevivencia, las mujeres aparecen como protagonistas en la ejecución de los rituales a los cuales es sometido: “Formaron un círculo alrededor mío, quedando yo en el centro con dos mujeres; me ataron en una de las piernas unas cosas que hacían sonido y en la nuca me pusieron otra cosa, hecha de penas de pájaro, que excedía la cabeza y que se llama en la lengua de ellos Arasoya (...)”<sup>34</sup>. Ya la respuesta sobre su situación corresponde, una vez más, a un hombre: “(...) pero mi señor me consoló me diciendo que tan pronto yo no sería muerto”<sup>35</sup>.

---

<sup>31</sup> Op. Cit. 32

<sup>32</sup> Op. Cit. 32

<sup>33</sup> Op. Cit. 32

<sup>34</sup> Staden, Hans “Suas viagens e cautipvero entre os selvagens do Brasil”, cap XXIII, p. 54

<sup>35</sup> Staden, Hans “Suas viagens e cautipvero entre os selvagens do Brasil”, cap XXVIII, p. 62

En el capítulo veintinueve, en el relato del primer enfrentamiento entre tribus indígenas rivales, Staden, a semejanza de Schmidl, destaca la falta de coraje de los indígenas: “Cuando los Tuppin Ikins querían atacar las cabañas e empezaban a disparar sobre ellas, tuvieron miedo los de la cabaña y las mujeres querían huir”. Aquí, claramente, los hombres son asociados al miedo y al gesto “femenino” de la huída. Como contrapunto a la cobardía indígena, el narrador personifica el poderío del europeo: “Dije entonces a ellos: ‘vos me tiendes por portuguez, vuestro enemigo, dáme un arco y flechas y me dejes ir quiero ayudar a defender las cabañas’. Me dieron entonces un arco y flechas. Yo gritaba y disparaba a la manera de ellos lo mejor que podía, y les decía que tuvieran ánimo que no había peligro”<sup>36</sup>. Sólo e inexperto, la narración de Staden le garantiza el protagonismo. La exaltación de su heroísmo sirve, por un lado, como táctica de sobrevivencia y, por el otro, como estrategia de autoconstrucción.

En la medida en que avanza la experiencia de Hans Staden entre los indígenas, se hace más clara la supremacía masculina en la estructura social de la tribu. Los reyes son siempre hombres. En el encuentro con los jefes de las cabañas, las mujeres no son citadas. Además, los indígenas superiores poseen cualidades especiales que deben ser destacadas:

“Ya había oído hablar mucho del rey Konyan – Bébe, que debía ser un gran hombre, un gran tirano para comer carne humana. Fui justo a uno de ellos que pensaba ser él y le hablé tal como me vinieron las palabras en su lengua y dije: ‘Eres tu Konyan – Bébe, vives tu aún?’ Sí, dijo él: ‘yo vivo aún’. Entonces, dije yo, escuché hablar mucho de ti y que eres un valiente hombre”<sup>37</sup>

Los únicos momentos en que explicita respecto por los indígenas o que lo demuestra a favor suyo es cuando trata con los hombres. La confusión inicial por la presencia femenina, ya no se repite. En este punto del relato, las jerarquías parecen muy claras para el narrador que las reproduce.

El poderío de los hombres de destaca también cuando se trata de intercambios entre tribus. El traslado de cautivos es responsabilidad de las figuras masculinas:

---

<sup>36</sup> Staden, Hans “Suas viagens e cautipvero entre os selvagens do Brasil”, cap XXIX, p. 64

<sup>37</sup> Staden, Hans “Suas viagens e cautipvero entre os selvagens do Brasil”, cap XXVIII, p. 59

“Entonces Jeppipo Wasu (que tenía el poder sobre mí y que mucho me maltrataba) fue para allá porque eran sus amigos e parientes y quería ayudarlos a hacer nuevas cabañas. Por eso, llevó consigo todos los amigos de su aldea y tuvo el recuerdo de llevar la harina de raíces (mandioca) para hacer la fiesta y me devorar. Y cuando se fue, ordenó a aquel a quien me tenía entregado, llamado Ipperuwasu, que me guardara bien”<sup>38</sup>

Enseguida, un cambio importante se produce en la mirada de los indígenas hacia el narrador, lo que le garantiza un nuevo rol en la comunidad nativa. A partir del capítulo XXXIII, Staden pasa a ser objeto de interés de los jefes de las tribus. Los nativos creen que él posee características sobrenaturales. El nuevo estado fue alcanzado gracias a una profecía sobre el ánimo de la luna, hecha por él. La mujer reaparece bajo la protección y mediada por el hombre, que conduce la situación, “(...) y temía que él y más mujeres también se murieran y me pidió que rogara a mi Dios para no quedar más rabioso y lo dejar vivir”<sup>39</sup>. Difundido por toda la comunidad su poder de “cura”, Staden amenaza, prediciendo destinos macabros a todos que piensen en comerlo. Se puede observar aquí como el cautivo arma su relato de tácticas de escape en función de una estrategia de convencimiento del lector. Staden quiere persuadir no sólo a los indígenas sino a los europeos de que, en su historia, actuó el orden divino. El objetivo se hace evidente en el siguiente fragmento: “Pido por eso, al lector, que tenga atención en mi escrito no tome este trabajo por tener la voluntad de escribir novedades; más, únicamente, para mostrar el beneficio de Dios”<sup>40</sup>.

Así como en el texto de Schmidl, las mujeres indígenas aparecen en el relato de Staden asociadas a una fragilidad que facilita la dominación. En el capítulo XXXIX, en que habla de la preparación de la guerra, él afirma preferir la compañía femenina pues es lo que puede propiciar su huida: “Esperaba siempre que, cuando salieran, ellos me dejaran en la casa con las mujeres porque quería ver se mientras estuvieran ausentes podré huir”. Cautivo, la posibilidad de fugarse solo se hace posible en la compañía de las mujeres, por su condición de género.

---

<sup>38</sup> Staden, Hans “Suas viagens e cautipvero entre os selvagens do Brasil”, cap XXXI, p. 66

<sup>39</sup> Staden, Hans “Suas viagens e cautipvero entre os selvagens do Brasil”, cap XXXIV, pp.68/69

<sup>40</sup> Staden, Hans “Suas viagens e cautipvero entre os selvagens do Brasil”, cap XXXIX, p. 82

La mujer indígena reaparece al final del primer libro en el episodio de la liberación de Staden. Protagoniza una exhibición de los rituales de la comunidad, en explícito sometimiento a la voluntad masculina:

“Y una de las mujeres del rey, que había venido a bordo, fue por él obligada a gritar *sobre mí* como es costumbre de ellos, y yo grité también según la misma costumbre. Después de eso, el capitán dio a todos algunas mercaderías, que podían valer unos cinco ducados, en cuchillos, machetes, espejos y peines. Con eso, partieron para sus casas, en tierra”<sup>41</sup>

Hasta qué punto fue natural la acción de la Tuppin Inba, cómo se sintió al reproducir la costumbre, no se puede afirmar. Lo que no deja dudas es que, para el narrador, la libertad de decidir no es una atribución femenina.

Si en su primer obra era posible identificar rasgos antropológicos, en “Verdadeira e breve narração do comercio e costumes dos Tuppin Inbas, cujo prisioneiro eu fui”, esta línea narrativa se manifiesta más claramente, pues como dice el título, se trata de una descripción a partir de su mirada de cautivo. Profundiza la postura del que observa, examina y, en eso, se autoconstruye como conocedor de la cultura indígena. Se puede afirmar además, que, aunque de manera indirecta, el narrador continúa en el centro del relato. Lo que está en juego es su mérito como perito en el tema. De todas maneras hay un cierto desplazamiento de la figura del que cuenta y lo relaciona todo a él, a la posición de entendido que domina los espacios, conoce su composición, aprendió la lengua y, por eso, está habilitado a ofrecer a sus lectores una verdadera imagen de cómo viven esos indígenas.

Siguiendo el eje narrativo que elige, Staden retrata las mujeres por primera vez como parte de un breve y superficial retrato de la nación de los Carios:

“Allí habita La nación de salvajes que se llaman Carios: estos usan de peles de animales feroces, que ellos preparan bien para abrigarse con ellas. Las mujeres de estos mismos salvajes, hacen de hilos de algodón, una especie de bolsa, abierta en la parte de arriba y abajo que ellas visten y que en la lengua de ellos se llama Typpoy”<sup>42</sup>

---

<sup>41</sup> Staden, Hans “Suas viagens e cautiverio entre os selvagens do Brasil”, cap LI, pp. 110/111

<sup>42</sup> Staden, Hans “Suas viagens e cautiverio entre os selvagens do Brasil”, cap II, p. 122

Llama la atención la distribución de tareas según el género. Los hombres producen las pieles ya que depende de la caza y, por lo tanto, de la fuerza; y las mujeres son responsables por la tapicería. Son los indicios de una división sexual del trabajo que se evidenciará luego, con más detalles. Sin embargo, la separación de actividades no impide que algunas sean realizadas conjuntamente por los indígenas: “Cuando quieren construir sus casas uno de los jefes entre ellos reúnen unos 40 hombres y mujeres, cuantos puede encontrar, generalmente amigos y parientes”<sup>43</sup>.

En el capítulo VIII, “Que apariencia presenta esa gente”, el lector se encuentra con una importante evaluación de los padrones estéticos indígenas: “Es una gente hermosa de cuerpo y apariencia, tanto los hombres como las mujeres, iguales a la gente de aquí; solamente son quemados por el sol porque andan todos desnudos jóvenes y viejos y nada tienen que encubra las partes vergonzosas”<sup>44</sup>. A diferencia de Schmidl, que llega a transmitir repulsa y poco a poco va siendo conquistado por la belleza nativa, el cautivo busca describir de manera objetiva su opinión. Eso se puede notar en la no diferenciación entre los dos géneros y en la comparación a la población de Europa. El visual de los indígenas no genera extrañeza en este narrador. Cuanto al contacto sexual, se deduce que Staden tuvo relaciones mediante esta afirmación, en el capítulo en que describe la recepción de los enemigos: “Le dan una mujer para lo guardar y también tener relaciones con ellos”<sup>45</sup>. Mismo aquí, el uso del plural imprime tonos de impersonalidad.

Así como en Ulrico, en este texto, los matrimonios aparecen como una relación social en la cual se explicita la dominación de género. Aquí, además, la sumisión a los hombres no se restringe al acuerdo de la unión o los intercambios de cuerpos realizados por los padres o maridos. Entre los Tuppin Inbas implica la determinación del físico que deben presentar las mujeres: “Contractan el casamiento de sus hijas mientras son niñas y cuando se hacen mujeres les cortan el cabello de la cabeza riscalan en sus costas huellas especiales y les cuelgan en el cuello dientes de animales feroces”<sup>46</sup>. La cicatrización de las huellas y el crecimiento de los pelos, marcará el momento en que deben ser entregadas al marido.

---

<sup>43</sup> Staden, Hans “Suas viagens e cautipvero entre os selvagens do Brasil”, cap IV, p. 124

<sup>44</sup> Staden, Hans “Suas viagens e cautipvero entre os selvagens do Brasil”, cap VIII, p. 129

<sup>45</sup> Staden, Hans “Suas viagens e cautipvero entre os selvagens do Brasil”, cap XXVIII, p. 147

<sup>46</sup> Staden, Hans “Suas viagens e cautipvero entre os selvagens do Brasil”, cap XIX, p. 140

A diferencia de lo que ocurría en “Derrotero y viaje a España” en que la importancia de las mujeres crecía en relación directa con su costo material, en Staden no se menciona un precio sino un valor de cambio: “También tienen la costumbre de hacer regalo de sus mujeres, cuando están aburridos de ellas. También hacen regalos de una hija o una hermana”<sup>47</sup>

La división sexual del trabajo surgirá de manera más clara a lo largo de la narrativa. Además de la función de madre, el narrador atribuye a las mujeres Tuppin Inba otras tareas, “comúnmente” designadas al género femenino. Las mujeres se ocupan de la producción de artesanías (“hacen las valijas de que precisan”<sup>48</sup>) y de todo aquello relacionado a la cocina: “las mujeres hacen las bebidas”<sup>49</sup> y, como aparece en el capítulo en que trata de la poligamia de los jefes: “Ellas entonces cocinan y comparten con los otros; y las mujeres se llevan bien entre sí”<sup>50</sup>. Se repite la asociación de las mujeres a funciones cotidianas. La inferioridad social de las mujeres “se hace inevitable” en la medida en que sus cuerpos, “no son aptos” para realizar la actividad de más valor en las taxonomías Tuppin Inba: la guerra. El hecho contribuye a la reafirmación de la supremacía masculina: “La fuerza especial de la sociodicea masculina procede de que acumula dos operaciones: *legítima una relación de dominación inscribiéndola en una naturaleza biológica que es en sí misma una construcción social naturalizada*”<sup>51</sup>.

Aunque no participen directamente de la guerra, las mujeres contribuyen desde el lugar que les asignan los hombres. El aspecto es tratado por Staden en el capítulo: “Como hacen de sus mujeres adivinatoras”. El ritual que las obliga a entrar en una cabaña – donde son ahumadas, gritan, saltan y corren hasta el agotamiento completo de su cuerpo – es dirigido por un hombre y confiere a las mujeres protagonismo en lo que dice respecto a la espiritualidad de la tribu. El episodio, sin embargo, refirma el poderío masculino: “El adivinador dice entonces: ‘vea ahora ella está muerta pero yo quiero hacerla vivir otra vez. Cuando ella después vuelve a sí, dice él: ‘ahora ella está apta para hablar del futuro’. Cuando entonces van a la guerra, obligan a las mujeres a adivinar lo que ha de ocurrir en la guerra”<sup>52</sup>. El uso de la “herramienta mujer” con el intento de

---

<sup>47</sup> Staden, Hans “Suas viagens e cautipvero entre os selvagens do Brasil”, cap XVIII, p. 140

<sup>48</sup> Staden, Hans “Suas viagens e cautipvero entre os selvagens do Brasil”, cap XIII, p. 133

<sup>49</sup> Staden, Hans “Suas viagens e cautipvero entre os selvagens do Brasil”, cap XIV, p. 134

<sup>50</sup> Staden, Hans “Suas viagens e cautipvero entre os selvagens do Brasil”, cap XVIII, p. 140

<sup>51</sup> Bourdieu, Pierre en “La dominación masculina”, p. 37, Editorial Anagrama S.A, 2000

<sup>52</sup> Staden, Hans “Suas viagens e cautipvero entre os selvagens do Brasil”, cap XXIII, p. 143

fabricar un futuro remite a una hipersensibilidad, propia de los dominados, de la cual habla Bourdieu:

“Forma especial de la peculiar lucidez de los dominados, la llamada «intuición femenina» es, en nuestro propio universo, inseparable de la sumisión objetiva y subjetiva que estimula u obliga a la atención y a las atenciones, a la vigilancia y a la atención necesarias para adelantarse a los deseos o presentir los disgustos”<sup>53</sup>

La misma expectativa de que cumpla un papel místico es depositada en el rito antropofágico. Las indígenas dividen tareas con los hombres y aparecen como fundamentales en todo lo que dice respecto al canibalismo. Además de ser las que reciben e incorporan al prisionero sus actitudes median el contacto entre el prisionero y los responsables por ejecución de la muerte. Traen los objetos a ser utilizados, cantan, hacen gritarías y pintan la víctima. En la extensa y detallada descripción que ofrece Staden quien, sin duda, pone el tema en el centro de su narración, llama la atención la crueldad que manifiestan las mujeres: “Esas están ahora pintadas y listas para cuando él esté reducido a trozos comer las cuatro primeras partes alrededor de la cabaña. En esto consiste su diversión”<sup>54</sup>. Cuanto a los indígenas: “hecho eso un hombre toma la clava y se dirige al prisionero, para delante suyo y le muestra el pene para que él lo vea”<sup>55</sup>. La acción de mostrar el falo puede ser pensada como una demostración de virilidad. El efecto fantástico que quiere producir Staden a través de la imagen hablada, dibujada y demasiado cruda de la ingestión de carne humana, alcanza su momento cumbre en el final del segundo libro. Mientras Ulrico invitaba a los lectores a romper con sus padrones cultural desde el desafío en el campo de la experiencia al hablar del sexo, la misma provocación es hecha por Staden al referirse a la antropofagia, en el cierre de su relato: “Esto yo vi y lo presencié”<sup>56</sup>.

El análisis de las narrativas de Ulrico Schmidl y Hans Staden forjó, inevitablemente, un camino para el ahondamiento y mejor comprensión de lo que fue el

---

<sup>53</sup> Bourdieu, Pierre en “La dominación masculina”, p. 46, Editorial Anagrama S.A, 2000. \*Sobre eso, Bourdieu afirma existir inúmeras investigaciones que comprueban una perspicacia especial de los dominados, sobre todo si son mujeres.

<sup>54</sup> Staden, Hans “Suas viagens e cautipvero entre os selvagens do Brasil”, cap XXVIII, p. 153

<sup>55</sup> Op. Cit. 75

<sup>56</sup> Staden, Hans “Suas viagens e cautipvero entre os selvagens do Brasil”, cap XXVIII, p. 158

emprendimiento conquistador en el Río de La Plata, de imprescindible importancia para la construcción de la identidad latinoamericana. Los dos relatos, a primera vista muy dispares, como se pudo notar, son, finalmente, esencialmente afines cuanto a la visión de la mujer que ofrecen. El tratamiento de la mujer indígena, presente en ambas narraciones, debe ser pensando también desde el filtro de la mirada de los sujetos expedicionarios que, por un lado, imprimen lecturas propias, pero, por otro, diseminan lo europeo. En esta perspectiva, este estudio no se propuso ni buscó, por ninguna vía, pensar la comunidad indígena como un espacio de reproducción de la visión androcéntrica de mundo. Eso sería fallido desde su proposición pues además de incurrir en un anacronismo enredaría, inevitablemente, en una imposición cultural de las ideas occidentales pre concebidas que tenemos. La idea fue pensar como esos conquistadores reproducen esa concepción desde sus miradas. Es, por lo tanto, en los marcos de las raíces culturales que prevalecieron en las taxonomías modernas, que se pretende ofrecer una crítica del papel que cumplen esos conquistadores, a través de sus relatos. Lo más tajante en ese sentido fue, según nuestra opinión, una confirmación categórica de que sus visiones reproducían oposiciones binarias y existencias relacionales entre los dos géneros a lo largo de los dos relatos y por medio de sus formas narrativas. Por eso fue imposible pensar a la mujer sin considerar su relación o sin oponerla, en gran medida, al hombre. Un análisis sobre la mujer indígena, en estos términos, resultó también un mejor conocimiento de la cultura nativa como un todo, al mismo tiempo que ayudó a percibir como se dio la apropiación del territorio americano por la empresa española. En esa perspectiva, el protagonismo femenino en la literatura puede ser pensado como una figuración, aunque ilusoria, de la superación de la “*constancia transhistorica de la relación de dominación masculina*”, que asegura Bourdieu.